

y que los celos y la rabia de él la habían condenado. Figuraba entre las víctimas una pobre joven que nada había hecho, sino llevarle la comida á la señorita Granmaison.

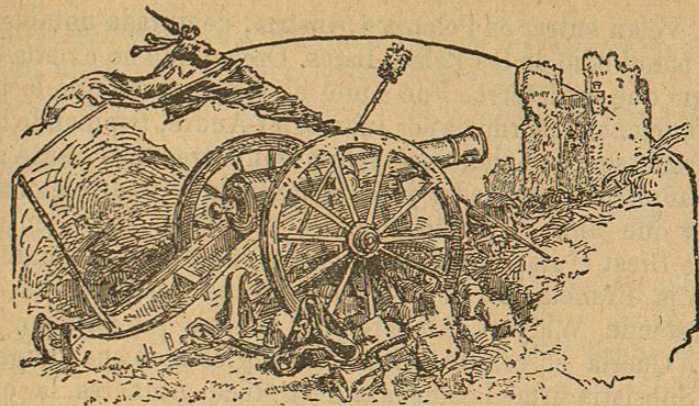
Voulland, temblando de gozo, de venganza, fué á ver el efecto en la escena. Se colocó en el ángulo que forman las calles de Richelieu y Saint-Honoré, y cuando desde lejos vió las cincuenta camisetas rojas gritó: «¡Vámonos hacia adelante para asistir á la misa roja!»

Se produjo el efecto deseado. Un desbordamiento de piedad contenida se manifestó con gritos de muerte contra Robespierre, el hombre maldito.

Las muertes de mujeres eran espectáculos terribles.

La de Carlota Corday, sublime, fué como el origen de una religión.

La ejecución de Lucila Desmoulins grabó en el corazón de los hombres el deseo de la venganza. Los principios más rudimentarios de política aconsejaban la represión de la muerte para la mujer.



CAPITULO III

Las conspiraciones de Fabrique.—La de Bicetre.—Muerte de Osselin (24 Junio-1.º Julio)

Poderosos efectos de la calumnia.—Necesidad de ganar una batalla; Fleures (26 de Junio).—Prudente consejo de Payan á Robespierre.—Herman limpia las cárceles; Bicetre.—Ejecución de Osselin.

Ayer dictador, papa, rey; hoy rodando hacia el abismo. La calumnia destruyó el pedestal, el altar, el trono de Robespierre. Siempre había empleado en su papel de acusador términos vagos, inconcretos, frecuentemente falsos. Parecía que la calumnia se revolvía contra él.

Miles de libelos lanzáronse á las calles. Voces que gritaban difamando á Robespierre en la vía pública; gentes que pertenecían á los hebertistas y maratistas y que si la comuna de Robespierre los detenía el comité de Seguridad los ponía en libertad. Eran los voceadores, los enemigos de Robespierre que se lanzaban á la calle haciendo trepidar los cristales con sus gritos. Triunfaba sobre la multitud la cólera del *Pere Duchesne*. ¿Qué hacer? Ocupar la atención de las gentes provocando otros hechos.

Imponíase una victoria dentro ó fuera de la patria; esto es lo que pedía el partido robespierrista á grandes voces. Todos temblaban y se extrañaban al ver que aun llevaban sobre los hombros la cabeza.

En Octubre, al ser sorprendido en flagrante delito de moderantismo, le salvó la victoria de Wattingnes. En Enero, por su alianza con los hebertistas, hace morder el polvo á sus enemigos.

Escribió á Saint-Just: «Tal día vencerás.» Aun su buena estrella dióle una nueva victoria sin Carnot, lo cual, permítale procesar á éste en el comité de Salud Pública.

Carnot y el comité recibían comunicaciones extranjeras que confirmaban los anhelos de paz. Sustentaban la creencia de que Prusia na-

da haría. Veían entrar en Polonia á Austria, debilitada notablemente en el Oeste por el odio de los Países Bajos. Creían que no existía otro enemigo serio que Inglaterra. Fué aquel el momento en que la joven Marina revolucionaria, formada por Juan Saint-André, tripulando los débiles barcos franceses, se había sostenido durante tres días frente á la flota inglesa, supliendo por medio del entusiasmo la falta de elementos científicos, y que aun sufriendo grandes pérdidas, logró entrar en el puerto de Brest el importantísimo convoy americano que había de alimentar á la Francia. El comité, al continuar esta batalla, trató de ocupar Ostende, Wiuport, Amberes, los puertos que miraban hacia Inglaterra. Quería el comité aislar á los ingleses de sus amigos, de sus aliados. Subsistía firme la amenaza geográfica, Amberes, la que llamó Napoleón «una pistola que apunta continuamente contra el corazón de Inglaterra.»

Robespierre necesitaba una victoria que hiciera olvidar la de Wattingnes obtenida por Carnot.

El 18 de Junio, Saint-Just, instruido convenientemente, llamó á Jourdan y le señaló el Sambre que había de pasarlo para salvarse de la guillotina. Por quinta vez pasa el Sambre Jourdan y por tercera bombardea Charleroi.

La incomparable pléyade de generales de Sambre-et-Meuse, Jourdan, Kleber, Marceau, Lefebvre, Championet hizo milagros de bravura, de obstinación, de encarnizamiento.

El objetivo era Charleroi, y á pesar de su rendición las tropas continuaban batiéndose. Los austriacos fueron los primeros en cesar en esta matanza inútil. El comité de Salud pública envió una orden para que las tropas no avanzaran. Nuevo texto contra Carnot.

La documentación oficial de Robespierre había sido firmada por Carnot, mientras que ningún documento de Carnot había sido firmado por Robespierre.

Volvamos á París. No se sabía aún si la batalla había sido ganada. Caso de victoria esto no podía significar más que un aplazamiento en el desenlace de la catástrofe final. Pero ¿existía un remedio para cambiar la faz de los acontecimientos interiores?

El destino, dispuesto aún á salvar á un hombre, no sólo le dió la victoria, sino que le concedió la inteligencia, la habilidad para aprovecharla.

Uno de sus nuevos apóstoles, Payan, el hombre de la Comuna, le señaló á Robespierre la situación y el remedio.

El remedio era la franqueza, el abandono de los caminos tortuosos.

Careciendo de fuerza de voluntad para decírselo claramente le escribió una carta denunciándole los graves daños que le ocasionaba el asunto de la Madre de Dios, advirtiéndole que no debía callar, que era necesario responder.

Quería decir en su carta que Robespierre no debía nadar entre los

filósofos y los galicanos, dejar á estos últimos que le comprometían y afirmarse en un terreno firme, en el de la Revolución.

No podía estar entre la derecha y la izquierda; ó con unos ó con otros.

Desgraciadamente Payán obscureció su luminoso consejo, indicando á su maestro que no solo debía de dominar á los partidos, sino aniquilarlos.

¿Qué debía hacer Robespierre para ser franco? Precisar claramente su situación, citar los nombres de algunos ladrones... Tallien y otros cinco ó seis y cubrir á la Convención, el pasado, por medio de un acto de amnistía.

Su salvación no estaba en la derecha, ni en la izquierda, ni en el centro. Estaba por encima de todo esto. Era necesario un acto de noble heroísmo, de magnanimidad, arrancándose del alma algo que destruía la virtud, la finalidad de sus actos.

Parece que no prestó atención á la carta de Payan. Se inclinó desgraciadamente hacia la parte contraria, á donde le arrastraban los procedimientos de una política rutinaria. Repitió una vez las palabras que dijo al partido de los curas de la Convención: «La seguridad está en la izquierda.»

El hombre que visiblemente ejercía una influencia mortal, funesta, quien le hizo condenar á Danton era Herman de Arras.

Herman era un hombre del antiguo régimen; tenía en su corazón las formas del feudalismo, las tradiciones de policía, las viejas máquinas, fábricas de intrigas, de complots, de conspiraciones, de espías.

Era necesario estudiar el carácter de Robespierre y de su partido.

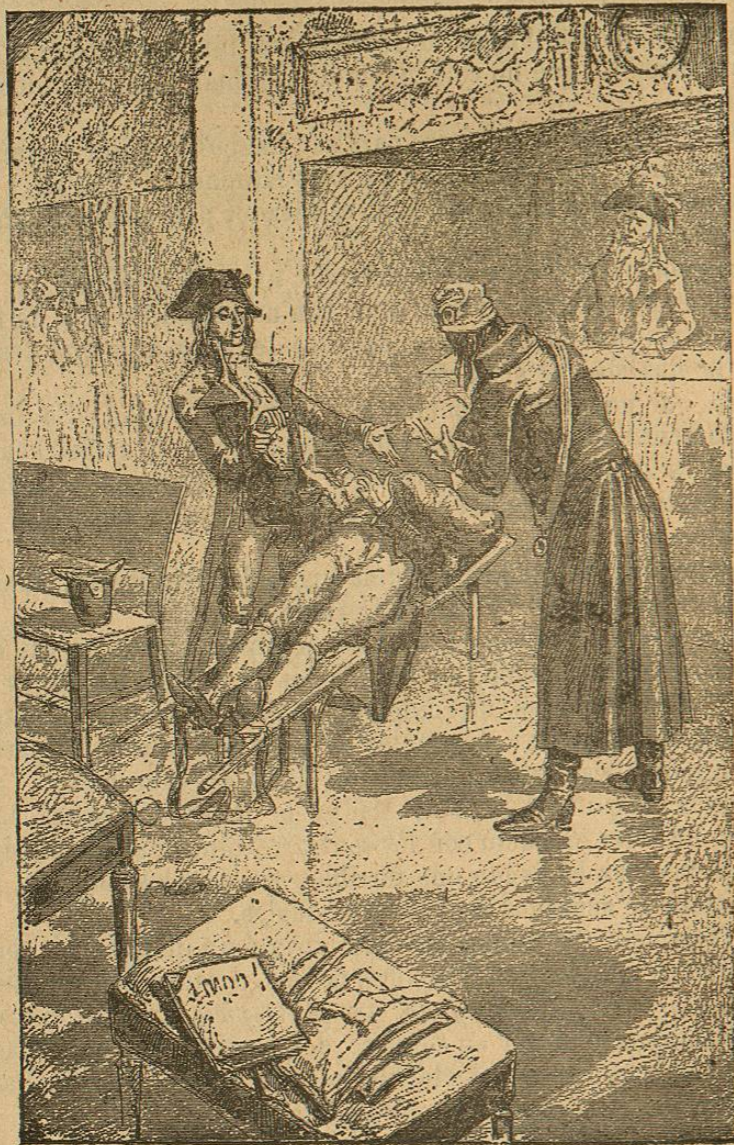
Este, ligado á los destinos de su jefe, debía de caer con él. ¿Qué peligros corría después de lo de la Madre de Dios? Ser acusados de indulgentes, de estar en pacto con los contrarrevolucionarios. Quisieron quitarse esta mancha haciendo una terrible *razzia* en las cárceles, lanzando una masa de acusados ante los Tribunales.

El 3 Thermidor (24 Junio) Herman dirigió un informe al comité de Salud pública: «Todos los cómplices de las pasadas conspiraciones dicen aun: *Es preciso que se juzguen, que se limpien las prisiones.*»

El 7, Robespierre firmó en nombre del comité una autorización para buscar los cómplices y redactar un informe ante el comité. Barere y Billaud-Varenes lo firmaron gustosamente también.

Había en Bicetre un pintor llamado Valagnos, condenado á diez años de cárcel. El nieto de Lafotte, el prisionero del Luxemburgo, que denunció á sus compañeros, excitó la emulación de Valagnos, quien denunció á los prisioneros de Bicetre. Esta denuncia, despreciada por el comité de Seguridad, fué enviada nuevamente, pero al de Salud pública donde se encontraba Herman. Del 3 al 7 envió á Lame y á Fouquier Tinville, quienes guiándose por los informes de Valagnos redactaron una lista de treinta y un detenidos.

Esta lista fué enviada al comité de Seguridad general. Se la examinó y se la aprobó. Después se formó una nueva lista de gente que no

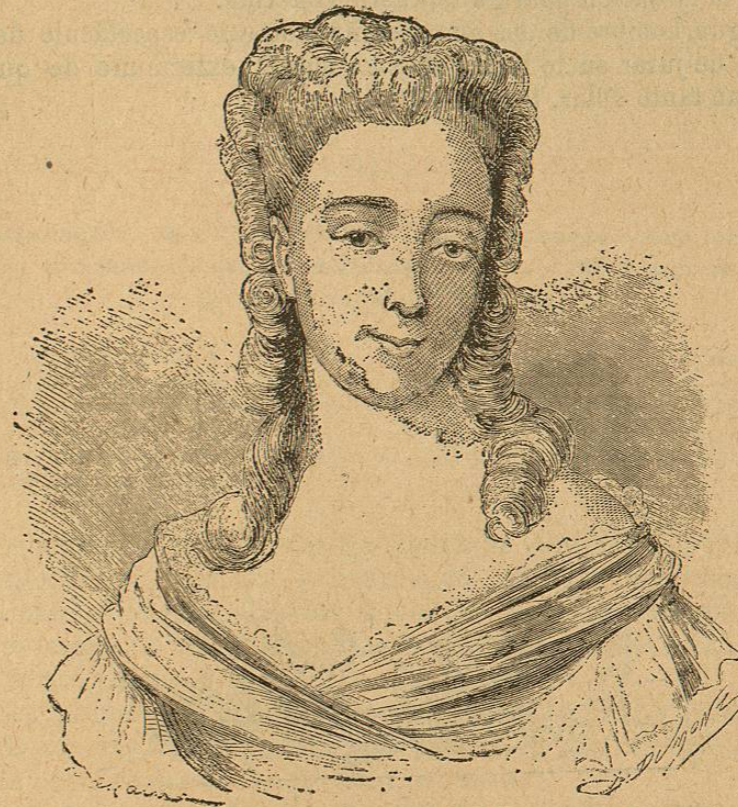


Presentóse al tribunal para ser interrogado el casi espirante cuerpo de Osselin. (Pág. 501)

era tan peligrosa. «¿Existía entre ellos el propósito de evadirse? «La evasión está penada con la muerte.» Se les aplica esta ley.

Para adornar seguramente la lista, se incluyeron algunos nombres desconocidos, el bastardo Sillery, el representante Osselin.

Este desgraciado Osselin habíase portado al principio en la Convención como un revolucionario sincero. Pero pretendió salvar á una mujer, esta fué la falta que se imputó. Esta mujer, la señora Charry, conducida por él á Versalles, fué detenida y guillotina. Osselin fué condenado también á diez años de cárceles. Robespierre salvó á mucha gente también; Fouquier lo mismo. Couthon, Dumas, sino lograban



LUCILA DESMOULINS

salvar á muchos detenidos, aconsejaban la forma en que debían hacerlo los que lo solicitaban. Vivían sujetos á la influencia del amigo, del pariente. Llegaba el expediente de muerte de un condenado, y cediendo á esta ó la otra influencia, se le escondía. Aplazar era salvar.

El nombre de Osselin resucitó el dolor de una terrible llaga. La muerte de Danton, de los dantonistas, de los patriotas, de los inocentes.

«¡Pobre Camilo! ¡Pobre Bazire! ¡Pobre Philippeaux!... ¿Qué habíais hecho?...

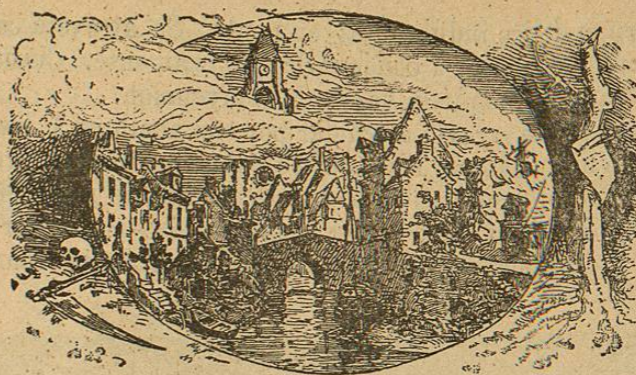
Osselin, abismado en la apariencia, en el dolor de la desesperación, no salía de su celda, no veía á ningún prisionero. Su nombre fué pues-

to en la lista de condenados á muerte. ¿Qué mano piadosa se acordó de él? ¿La de Herman ó la del comité?

Esta última suposición me parece más verosímil.

Osselin era un cadáver viviente. La acusación que se lanzó sobre él era calumniosa. Ningún complot había fraguado para evadirse de la cárcel. La desesperación llegó á abrúmarle, á aniquilarle. Presentóse al tribunal para ser interrogado el casi espirante cuerpo de Osselin. Se precipita la ejecución para guillotinarle con vida.

Ningún hombre de los que presenciaron este espectáculo dejó de maldecir, de jurar en lo hondo de su alma, el exterminio de quienes provocaban tanto dolor, tanta afrenta.



CAPITULO IV

Continuación.—La conspiración del Luxemburgo.—Los jacobinos comienzan á seguir dificultosamente á Robespierre (1.º de Julio, 12-28 Messidor)

Indignación de los *sans-culottes*.—Irrítase Robespierre contra esta indignación.—Terroristas filántropos.—Organízase la conspiración del Luxemburgo.—Abatimiento de los jacobinos.—Comienza en los Jacobinos el proceso de los representantes que desempeñaron misiones en el 93.—Obediencia de los jacobinos á pesar suyo.—Banquetes fraternales censurados por la Comuna.—Billaud-Varennes condena al tribunal revolucionario.

La muerte de Osselin marcó el límite de la paciencia pública. Los *sans-culottes*, que formaban la guardia del comité de Seguridad general, al pasar Fouquier Tinville aquel día como de ordinario á recibir órdenes tratáronle violentamente, elevando sus gritos de maldición contra el servil asesino.

Los mismos funcionarios encargados de la vigilancia de la sociedad encontraron una franca y enérgica repulsión en los *sans-culottes*.

Se había avanzado mucho para retroceder.

Los acontecimientos de aquellos días dieron á Robespierre el carácter de representante del Terror. Cuanto habían creído las sociedades acerca de los sentimientos secretos de indulgencia, de moderantismo en Robespierre, quedaba desmentido en absoluto.

El 1.º de Julio (13 Messidor) pronunció un discurso en los jacobinos, el cual le dió esta elevada y terrible posición.

En este discurso se irritó contra la indignación de los *sans-culottes*, de la sensibilidad que se demostraba por los *que habían* conspirado contra la patria, sistema que tendía á sustraer á la aristocracia del poder de la justicia. ¿Qué aristócratas eran estos?

De los setenta y dos ejecutados en Bicetre, salvo Osselin, todos eran pobres miserables, condenados á diez años de cárcel primero y sentenciados á muerte después.